

La autovía es para muermos

El mundo de mi padre había ido menguando hasta quedar reducido a un círculo de dos kilómetros de radio. El proceso se inició con el fallecimiento de su mujer –desaparecieron de su vida las vacaciones en la playa, las escapadas de fin de semana y las visitas a la familia política–, y alcanzó su máxima crudeza cuando le retiraron el carné de conducir: la ausencia de transporte público y su renuncia a abandonar el pueblo limitaban su universo a la distancia que era capaz de recorrer a pie, constriñéndolo a un villorrio dejado de la mano de Dios, que llevaba desaparecido de los mapas desde el día que inauguraron la autovía.

El coche se lo regaló a mi hermana, que seguía viviendo en el pueblo y asumió el compromiso de estar disponible para llevarlo de ida y vuelta a donde fuera que necesitara ir. Pero resultó que nuestro padre, superado por el cúmulo de desgracias que se abatieron sobre él –viudo, jubilado prematuramente por culpa de un corazón que convertía cada latido en una incógnita, y privado de libertad para viajar sin depender de otros– quedó sumido en la abulia, sin más interés que enfilar el sendero que subía al mirador y sentarse a contemplar el mundo. En vano tratamos de devolverle el interés por la vida. Se armó de indiferencia y de resignación, y el peso de esa coraza lo mantenía anclado en el mutismo y en la melancolía.

Sus necesidades de transporte se limitaban a los desplazamientos al hospital para los controles periódicos, tarea que mi hermana siempre cumplió con amor filial. Sin embargo, una inoportuna fractura de codo vino a trastocar esa rutina a la que ambos se habían acomodado. En otras circunstancias podría haberme acercado yo al pueblo para recogerlo, pero la cita médica coincidía con la fecha prevista para la presentación del informe financiero, y no podía permitirme ausentarme del despacho, por lo que tuvimos que buscar una solución. Los taxis quedaban descartados: en el pueblo nunca los hubo, y los de los pueblos vecinos no estaban disponibles a la hora que nos convenía. Mi hermana propuso recurrir a un *blablacar* que los recogiera a ambos en el pueblo. Aunque la escayola de su codo hacía imposible que fuera ella quien lo llevara, nada le impedía acompañarlo, y yo los llevaría de vuelta después del reconocimiento médico, una vez finalizada mi presentación ante la junta directiva. No supe encontrar ninguna alternativa a su plan, y lo acepté.

Pero resultó que muy poca gente está dispuesta a salir de la autovía para recoger a alguien, y solo conseguimos encontrar un conductor a quien no le importaba hacerlo. El problema es que solo aceptaba un pasajero. La idea de mi padre sentado en un coche junto a un extraño, sin el apoyo de alguno de sus hijos, no terminaba de encajarme, y pedí más datos a mi hermana. La foto de *blablacar* mostraba una pelirroja sonriente, cinco o diez años más joven que mi padre, que respondía al nombre de Nina. Sesentona –pensé–, con nombre de estrella de la canción ¿sería del tipo de Nina Simone o más bien una Nina Hagen? y buscando un acompañante. Solo uno. Cualquier cosa me podía esperar de eso, y me imaginé a una *hippie* escuchando música psicodélica y fumando canutos mientras conducía, con un gran danés recostado en las plazas traseras.

La app indicaba que el coche era un MG de color rojo, y que no aceptaba ni fumadores ni perros. Los *hippies* quedaban descartados. Quizá solo se trataba de un espíritu libre y no había ningún peligro en confiar en ella. Las limitaciones que Nina imponía no nos afectaban y, aunque el horario que proponía iba un poco justo, lo aceptamos. Mi hermana comprobaría que recogía a nuestro padre en el pueblo y me avisaría cuando iniciaran el viaje.

Yo me comprometí a esperarlo a la entrada del hospital y a conducirlo de vuelta a casa una vez finalizada la consulta con el cardiólogo.

Cómo reaccionaría mi padre sentado más de una hora junto a una desconocida era algo que no podía prever. Las pocas habilidades sociales de las que alguna vez había hecho gala desaparecieron de su repertorio cuando enviudó, y la antipatía afloraba en su carácter cada vez con mayor frecuencia, por lo que no podía descartar que el viaje acabara con un anciano abandonado en el arcén. Pero la cita médica era demasiado importante para dejarla pasar: mi padre había iniciado un tratamiento experimental y era imprescindible comprobar su evolución, por lo que el cambio de fecha no era posible. Lo único que podíamos hacer era confiar en que a mi progenitor le tocara un día bueno, y que la conductora aceptara que su acompañante no era un gran conversador.

Recibí un wasap de mi hermana cuando mi presentación acababa de finalizar. Me indicaba que nuestro padre ya estaba en camino, y que le había aleccionado para que se mostrara simpático con Nina. La mujer era encantadora y había asegurado que lo dejaría a la entrada del hospital. Terminaba con un comentario que no supe interpretar: “Un MG... ¡ya le vale, ya! Prepárate”. No le di importancia y contesté que yo ya estaba libre, y que llegaría a tiempo de esperarlos en el hospital.

Acababa de aparcar cuando recibí un nuevo wasap, en este caso de mi padre: se retrasaban y aún tardarían al menos veinte minutos. Tomé un café. Curioseé el tablón de anuncios del centro médico. Consulté la previsión del tiempo para toda la semana... Llevaría media hora de espera y la ansiedad comenzaba a apoderarse de mí, cuando en la rampa de acceso a la entrada del hospital apareció un coche que parecía preparado para disputar el *rallye* de Montecarlo.

Su carrocería ensanchada, con pasos de rueda desbordados, le daba el aspecto de una fiera salvaje, y de sus flancos emergían grandes tomas de aire, abiertas como fauces en busca de oxígeno. En el frontal había más luces que en una discoteca, y un desmesurado alerón trasero se elevaba sobre la carrocería, por encima del portón.

La fiera, de color rojo y cubierta de pegatinas publicitarias, avanzó hasta situarse a mi altura, su motor bramando con un ralenti ronco y profundo. Tan aturdido estaba con esa aparición que no reparé en el pasajero que se bajaba por el lado derecho, y solo cuando el coche reanudó su marcha descubrí a mi padre frente a mí, mirándome con una sonrisa burlona y con un brillo en los ojos que no había visto en los últimos años.

Volví la vista al vehículo que se alejaba, buscando el rostro de la conductora, pero todo lo que vi de Nina fue una melena roja, a juego con el color de la carrocería. Con razón solo aceptaba un pasajero. ¡El coche era un biplaza, uno de esos engendros con motor central que ocupaba el espacio tras la única fila de asientos!

Íbamos con retraso respecto a la hora a la que estábamos citados, y no había tiempo que perder. Cardiología estaba en la primera planta y no tuvimos que esperar para que el doctor nos recibiera. Por fortuna, los resultados no podían ser más esperanzadores: todos los parámetros mostraban mejoría y no había nada por lo que preocuparse. Mi padre podía seguir haciendo una vida normal, con tal de que no olvidara su medicación y siguiera acudiendo a sus chequeos mensuales. Tres cuartos de hora después ya estábamos saliendo del hospital. Todo había sido tan rápido que solo entonces pude preguntarle por el viaje.

–¿Qué tal con Nina? Un poco peculiar su coche, ¿no? ¿Cómo ha ido todo?

–El coche, genial. Y el viaje, muy divertido.

Las palabras “genial” y “divertido” hacía años que no formaban parte del vocabulario de mi padre, y la sorpresa me dejó descolocado.

–¿Qué...? ¿Qué quieres decir?

–Hemos venido por la carretera antigua. Nina nunca va por la autovía; dice que es para muermos, que prefiere sentirse viva, aunque tenga que renunciar a la comodidad. ¿Sabes que hay quince curvas a derecha y catorce a izquierda? Las tiene todas controladas, cada una con su nombre.

¿Por la carretera antigua? Eso explicaba que hubieran tardado tanto en llegar. ¿Quién elige la carretera antigua existiendo una autovía? Un puerto de montaña, curvas, firme en mal estado y riesgo de que un jabalí que se cruce te amargue el viaje. Hacía veinte años que yo no escogía esa ruta: ¿Significaba eso que yo era un muermo?

Era la primera vez en mucho tiempo que mi padre enlazaba tantas frases seguidas, y dejé que continuara hablando. Me explicó que el coche era un MG Metro 6R4. La mujer no había mentido, se trataba de un MG, la versión de competición del modelo Metro, fabricado en los ochenta. El “6” significaba que su motor tenía seis cilindros –un V6 de tres litros que sumaban veinticuatro válvulas–, la “R”, que había nacido para participar en los *rallies*, y el “4”, que tenía tracción a las cuatro ruedas. Un monstruo creado para devorar puertos de montaña. Pero era la versión de calle –me tranquilizó–, con “solo” doscientos cincuenta caballos de potencia. Doscientos cincuenta caballos de los de antes –pensé–, de una época en la que pocos modelos superaban la centena. Nadie en su sano juicio podría considerar que esa bestia pudiera ser un coche de calle, y comencé a dudar del estado mental de mi padre. A él nunca le había interesado la mecánica, pero parecía que le hubieran inyectado en vena todos esos caballos, y no paraba de hablar del coche. Del motor, del embrague, de la suspensión... y de la conductora: Nina había participado en muchas carreras cuando era joven. Abandonó la competición en los noventa, y el MG lo había mantenido en el garaje, pero recientemente había decidido que quería volver a conducirlo. No era ninguna loca al volante: cumplía todas las normas de tráfico y sabía que sus reflejos ya no eran los de antes, pero disfrutaba del sonido del motor, de la sensación de libertad y del recuerdo de aquellos años. Nina debía padecer incontinencia verbal, y ahora se la había contagiado a mi padre, que después de recitarme todas las características del coche y las dificultades de la ruta que habían seguido me contó sus triunfos al volante, sus planes para asistir –como espectadora– a las próximas carreras, su ofrecimiento para que él la acompañara...

Para no alargar la historia: Nina y su coche han devuelto la ilusión a mi padre. A ella le encanta conducir, no le importa pasar a recogerlo, y el MG se ha vuelto una presencia habitual en el pueblo. El mundo de mi padre ha dejado de menguar, y él vuelve a ser el que era. Y yo... he dejado de ir por la autovía.

Merlín de Aragón